

DEVENIRES

Artículos

MIGUEL ÁNGEL URREGO ARDILA Reformas o revolución. Las incertidumbres del comunismo y las izquierdas en México...

RAUL VILLASEÑOR TALAVERA
Y HUGO RODRÍGUEZ URIBE Discurso y emancipación de la consciencia: contribuciones desde la pedagogía crítica

Dossier

Filósofas de la Modernidad temprana

DOMINIQUE RABY Xochiquétzal múltiple. Amor y sanación en la filosofía (palabra-acción-mundo) femenina prehispánica

GABRIELA DOMEQ Estrategias retóricas y usos de la Biblia en el *Traité de la morale et de la politique* de Gabrielle Suchon

JULIA MUÑOZ VELASCO Los mundos fantásticos de Margaret Cavendish

AÍDA ATENEA BULLEN AGUIAR La pintura y la ciencia de María Sibylla Merian...

Traducción

MARTIN HÄGGLUND Materialismo radicalmente ateo: una crítica a Meillassoux

Entrevista

ÍÑIGO SÁNCHEZ, RUBÉN SÁNCHEZ
Y CHRISTIAN DUECKER Nihilismo y sentido. Entrevista a Costantino Esposito



PRESENTACIÓN.

FILÓSOFAS DE LA MODERNIDAD TEMPRANA.

APORTES, ENCUENTROS Y DIÁLOGOS

Yurisan Berenice Bolaños Ruiz
Instituto Michoacano de Ciencias de la Educación
Claudia Lavié
Universidad Nacional de General Sarmiento
María Guadalupe Zavala Silva
Instituto de Investigaciones Históricas-UMSNH

*¿En perseguirme, mundo, qué intereses?
¿En qué te ofendo, cuando sólo intento
poner bellezas en mi entendimiento
y no mi entendimiento en las bellezas?*
SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

Plantear que las mujeres han sido excluidas de la historia de la filosofía parece ser, hoy en día, un argumento no debatible. La academia ha aceptado –por paradójica que suene la cuestión– la existencia de una ausencia. La omisión de las filósofas de la historia del conocimiento, escrita esencialmente por varones, fortaleció el viejo orden tradicional patriarcal. Saldar una deuda histórica con el pensamiento femenino va más allá de mencionar sus nombres. Implica reconocer que no fueron las filósofas figuras aisladas o excepciones; que su exclusión distorsionó la historia del conocimiento tal cual la conocemos hoy.

El quehacer que han desarrollado en las últimas décadas las bibliotecarias e historiadoras feministas ha contribuido a reconocer el lugar de las

mujeres en la filosofía. Se han digitalizado manuscritos e impresos de mujeres de siglos pasados y se han recuperado documentos que antes no representaban interés alguno para aquellos bibliotecarios e historiadores poseedores de una selectiva mirada patriarcal. Pero el trabajo realizado no termina con el mero rescate histórico de los papeles y los nombres de las filósofas, busca estudiar su producción filosófica, resaltar las comunidades que crearon, las redes que construyeron y los diálogos que sostuvieron con sus contemporáneas y contemporáneos. Rastrear las interlocuciones y los debates que ellas llevaron a cabo nos permite revertir una lógica historiográfica que las menospreció y llevó al desconocimiento de sus obras. Las filósofas no deben ser las viñetas al margen de la gran historia de la filosofía, han estado presentes en todas las épocas y las latitudes; reducir sus aportes a menciones secundarias nos lleva a ensanchar el relato de un quehacer filosófico preeminentemente masculino.

El siglo XVII representa un momento estelar dentro de la filosofía, los manuales escolares suelen presentarlo como el inicio de un periodo fértil y novedoso que determinaría los cauces del pensamiento moderno. Aunque se reconoce la riqueza intelectual de esa época, esta se sitúa en dos polos: en la senda de la racionalidad cartesiana —que a la postre dio forma a la subjetividad moderna— o en franca oposición a ella. Esta manera excluyente y polarizada de concebir la historia no es exclusiva de la historia de la filosofía, es un prejuicio que suele atravesar el quehacer historiográfico. Es, dentro de cada ciencia, la institucionalización de una historia única que excluye aquellos pensamientos que no se ajustan a su relato. Reconocer la existencia de este prejuicio historiográfico nos puede permitir sortear la lógica de esa historia única y pensar, retomando las palabras de Platas Viridiana Benítez, “en una Modernidad colmada de problemáticas que van más allá de las pautas epistemológicas del mal concebido sujeto moderno, y que relevan más riqueza de la que hubiéramos podido hallar si nos hubiéramos limitado al mero estudio de la constelación de filósofos canónicos” (Viridiana Platas Benítez y Leonel Toledo Marín, 2014).

Si aceptamos que el pensamiento filosófico de un momento histórico no se define exclusivamente por un conjunto limitado de afirmaciones o preguntas “centrales” atribuidas a grandes nombres “aislados”, sino que

la auténtica comprensión de dichas afirmaciones o preguntas implica interpretarlas como emergentes de procesos de un complejo debate coral, no puede decirse conclusivamente que las mujeres no aportaron a ciertos temas. A veces, consideraciones juzgadas como no pertinentes desde determinada óptica revelan a una mirada más atenta su carácter activo en los intercambios forjadores de conceptos centrales o, incluso, pasan a primer plano *per se* desde la perspectiva de otros momentos históricos. Tomemos como ejemplo dos vertientes clásicas: la filosofía política y la filosofía natural. En el primer caso, muchos de los aportes de las mujeres modernas —que la historia canónica de la filosofía política dejó de lado— están actualmente considerados como precedentes, o como réplicas importantes a cuestiones de su tiempo, y ocupan un lugar relevante en el pensar actual de la política. Es el caso, por ejemplo, de las contribuciones de las mujeres basadas en experiencias vividas y en la administración social de sus cuerpos dentro de un orden predominantemente masculino.

El artículo de Dominique Raby, “Xochiquétzal múltiple. Amor y sanación en la filosofía (palabra-acción-mundo) femenina prehispánica”, representa un reto tanto para la lógica de la historia única que predomina en el ámbito filosófico, como para el trabajo de recuperación de la filosofía escrita por mujeres. En efecto, Dominique Raby plantea su investigación en la encrucijada de una doble exclusión por parte de la historia de la filosofía; la de los pueblos originarios de América y la de las mujeres. La autora busca rescatar la contribución de las mujeres a la filosofía nahua prehispánica; sostiene que es posible identificar a través de sus prácticas una filosofía femenina. Para reconstruir esta filosofía es necesario, por un lado, abandonar el sistema de categorías que organiza el pensamiento moderno para sustituirlo por la triada: palabras, acción, mundo; y, por otro lado, reconocer que el sujeto de enunciación de esta filosofía es un sujeto colectivo. Buscar reconstruir la voz femenina de esta filosofía implica, además, atravesar el sistema de género —que por su naturaleza la niega—. Dominique Raby sortea la cuestión haciendo uso de la figura cósmica de la deidad femenina: Xochiquétzal. Figura presente en la poesía amorosa (el *cococuatl*) y en los sortilegios que componen el arte de sanar (el *nahualtoll*); tanto en la poesía como en el arte de sanar, la sexualidad femenina

expresa, con toda su ambivalencia, poder y resistencia. El árbol florido, el huipil, las múltiples expresiones de Xochiquétzal son figuras que permiten pensar, sostiene Raby, la sexualidad femenina como positiva y sanadora, por tanto, situada fuera de las lógicas habituales de la complementariedad y la heteronormatividad.

Por razones no ajenas a las limitaciones femeninas impuestas socialmente y las urgencias de sus experiencias vitales, las contribuciones de las filósofas están frecuentemente atravesadas por tópicos como la exigencia de validación intelectual, las críticas a las costumbres y las demandas de educación. A la vez, sus redes de interlocución y sus expectativas fueron diferentes a las de los varones; lo que plantea para sus actuales estudios desafíos particulares. En el *Traité de la Morale et de la politique* de Gabrielle Suchon, por ejemplo, el proyecto filosófico y político de la autora se expresa, en gran medida, a través de referencias teológicas. ¿Cómo abordar desde la filosofía un tratado dedicado a la Santísima Trinidad donde la Biblia es omnipresente? El artículo de Gabriela Domecq, “Estrategias retóricas y usos de la Biblia en el *Traité de la morale et de la politique* de Gabrielle Suchon”, propone un acceso posible; Domecq encara el problema que plantea para la filosofía el *Traité* atendiendo a las condiciones de producción de la obra. El acercamiento histórico de la obra permite reconocer que las referencias teológicas, lejos de expresar una adhesión acrítica a la ortodoxia católica, la subvierten para construir una filosofía de la libertad que no admite más restricciones que aquellas que determinan la razón y la inclinación de la voluntad. Las referencias bíblicas y teológicas son descontextualizadas e, incluso, modificadas por Suchon para hacer coincidir la filosofía del *Traité* con el mensaje salvífico de Cristo entendido como promotor de la libertad humana. El *Traité* da cuenta de las originales estrategias argumentativas que las filósofas ideaban para sortear la censura y las restricciones de acceso al conocimiento.

En el ámbito de la filosofía natural, el canon de la modernidad destaca un elenco estándar de personajes en la narrativa de la Revolución Científica. La época construye una imagen del universo esencialmente mecánica, que ha sido comprendida por las lecturas feministas no sólo como una ciencia hecha por varones sino para varones (Escayol, 2017).

La restricción del acceso al saber impuesta a las mujeres se contradice con la supuesta universalidad del sujeto del conocimiento moderno. Las lecturas feministas identifican en la física mecanicista derivas sociales como la comprensión de la interacción entre hombres y mujeres según la dicotomía activo/pasivo asociada al movimiento corporal. Las filósofas acusaron estas derivaciones de la cosmología científica y gestaron réplicas en términos de la propia filosofía natural, con alternativas a los conceptos, a las perspectivas metodológicas y a la concepción misma del conocimiento y la configuración del objeto-mundo. En el nacimiento mismo de la ciencia moderna, las mujeres, designadas como sujetos epistemológicamente no aptos para el quehacer científico, hacían ciencia y reflexionaban sobre los alcances de sus propios proyectos. Lejos de suscribirse de manera poco crítica a las corrientes del pensamiento en turno, ellas contribuyeron activamente a que la razón moderna midiera sus límites y repercusiones. Como un ejemplo del cuestionamiento a la comprensión unívoca de la razón, el artículo de *Los mundos fantásticos* de Margaret Cavendish da cuenta de cómo la postura filosófica pansiquista de Margaret Cavendish necesita de la fantasía como alternativa epistémica creativa para ser comprendida. Este texto, centrado en una de las autoras actualmente más admitidas como contribuyentes a la filosofía y la ciencia modernas, retoma la sincronía entre la ficción y el tratado filosófico para resaltar el potencial creativo de la imaginación y cuestionar las presunciones sobre lo observable.

Otro de los desafíos es el que toma Aída Atenea Bullen Aguiar en el ensayo “La pintura y la ciencia de Maria Sibylla Merian: entre la arqueología del saber y el análisis de la teoría del punto de vista”; Bullen se muestra receptiva ante la complejidad de un tiempo histórico donde Europa domina sobre las culturas americanas. A partir de la filosofía situada de Donna Haraway y el análisis de la problemática colonial, hace una serie de reflexiones punzantes –y en ocasiones, dolorosas– sobre cómo se configuró la desigualdad científica. La historia de Maria Sibylla permite ver cómo la historia única integra, en nombre de la ciencia moderna, el racismo y la esclavitud. Aida Atenea Bullen Aguilar nos conduce a una especie de disección filosófico-feminista en la que analiza cómo se cons-

truye el relato de quiénes somos, a través de lo que hacemos en nuestro quehacer filosófico y científico. La epistemología feminista que recoge la autora para problematizar la obra de Maria Sibylla es igualmente útil para analizar los entramados políticos, económicos y culturales que sostienen la producción científica actual. En este sentido, el texto es una invitación a volver la mirada sobre nuestras propias experiencias para reconocer en ellas injusticias compartidas con las pensadoras que nos antecedieron, pero también privilegios comunes.

Las filósofas estudiadas en los textos anteriormente reseñados son una pequeña muestra de la vasta y heterogénea constelación intelectual que el pensamiento femenino desplegó en los albores de la Modernidad. Lejos de conformarse con el rol de discípulas o glosadoras, abrieron vetas inéditas de reflexión sobre la naturaleza, la educación, la política, la religión, la imaginación, la razón y la relación entre los sexos. Aquellos horizontes de sentido que ellas vislumbraron –horizontes de una razón encarnada, de una ética de los cuidados, de una crítica a la hegemonía intelectual masculina, de una peculiar relación con la naturaleza y lo sagrado–, aunque ensombrecidos durante siglos, se revelan hoy, a la luz de una hermenéutica feminista, de una asombrosa actualidad y luminosidad. Su relectura no es un mero ejercicio de justicia arqueológica, sino un acto filosófico de primer orden: nos permite reconfigurar nuestro propio paisaje conceptual y descubrir linajes alternativos de racionalidad. En ellos late una esperanza epistemológica, la posibilidad de un saber más inclusivo y complejo. He aquí, pues, que este breve recorrido es, en su esencia, el intento de seguir el rastro de una Xochiquétzal múltiple, rebelde y vital.

